

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Campesinos en la ciudad. Rasgos aldeanos de la polis griega.

Gallego, Julián.

Cita:

Gallego, Julián (2005). *Campesinos en la ciudad. Rasgos aldeanos de la polis griega. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/662>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

Título: “Campesinos en la ciudad. Rasgos aldeanos de la *pólis*”

Mesa Temática Nº 69: *Formas de organización del poder y representaciones simbólicas en el Mundo Antiguo*

Autor: Julián Gallego UBA-CONICET

Rojas 240 P.B. “E”

1405 Buenos Aires

(011) 4233-2863

julian_gallego@fullzero.com.ar

La incorporación de los labradores a la vida política y militar de la *pólis*, con plenos derechos para tomar decisiones, supuso la conformación de un estado en el que las jerarquías sociales no constituyeron el principal punto de anclaje. Una de las razones de esta singularidad del estado griego se halla en el modo en que no sólo el campesinado sino sobre todo las pautas de la comunidad aldeana se convirtieron en soportes de la organización política de la *pólis*, pues a diferencia de otros procesos, en el mundo griego el estado no emerge como una instancia jerárquica sino como una organización segmentaria que parte de la generalización de principios aldeanos que conservan su vigencia en el nuevo orden institucional. Por ende, la integración y la persistencia de la aldea al interior de la *pólis* y la libertad distintiva del campesinado dentro de sus instituciones, que habilitarían su inserción en el orden político y militar como ciudadano-soldado, hicieron de la comunidad aldeana un elemento del estado capaz de colaborar en la integración del territorio y la población, el empadronamiento de los habitantes, la organización de los cultos religiosos, etc. A lo largo de este trabajo trataremos de establecer ciertas líneas de interpretación de este eje medular de la aldea.

Integración de la aldea en la ciudad: el sinecismo

En la época clásica, muchas aldeas formaban parte ya de la mayoría de las *póleis*, se habían integrado en ellas. Pero, como se sabe, las aldeas conocen también

una existencia previa y/o independiente¹. Esta anterioridad de la aldea así como su permanencia dentro de la ciudad son posibilidades que aparecen mencionadas de manera explícita en el libro I de la *Política* de Aristóteles (1252b 12-28). En efecto, al hablar de los diversos tipos de comunidad, entre el *oîkos* y la *pólis* el filósofo intercala a la *kóme* como un componente específico que subraya la existencia de ciertas formas de organización social, que complementan pero se distinguen de la ciudad y la casa.

Así pues, la organización de las comunidades griegas implicaría tres niveles básicos: por un lado, el *oîkos* asociado con la posesión de un *klêros*, lo cual según vimos podía significar no sólo una propiedad agraria sino también el lugar de residencia de la familia; por otro lado, la aldea constuida de acuerdo con determinadas pautas de integración, pues las unidades domésticas no se hallaban caóticamente dispersas en los territorios que ocupaban; finalmente, la ciudad, que no era una unidad indivisa sino que se hallaba integrada por aldeas en torno a las cuales se nucleaban los *oîkoi*. Éstos, más allá de su autonomía, no se encontraban enteramente librados a su suerte en el territorio de la *pólis*: entre la ciudad y la casa, entre lo “público” y lo “privado”, se percibe el papel articulador que cumplía la comunidad aldeana, que a diferencia del *oîkos* destinado a satisfacer las necesidades de manutención de sus integrantes mediante la producción y el consumo diarios, no resolvía las exigencias cotidianas sino aquellas derivadas de la unión de los hogares por el parentesco, los antepasados comunes, etc.

El testimonio de Aristóteles no ha tenido una aceptación unánime en lo que respecta a su reconstrucción del advenimiento de la *pólis*, que ha sido considerada como totalmente teórica, lo cual implicaría una mirada enteramente especulativa acerca del proceso formativo de la ciudad. Últimamente, la percepción de los aportes de Aristóteles para el análisis del surgimiento de la *pólis* ha estado marcada por el estudio de Demand (1990: 9-10, 14-27) sobre las relocalizaciones urbanas en las épocas arcaica y clásica. Según sus dichos, el sinecismo físico es uno de sus intereses centrales, dejando de lado en su investigación el sinecismo puramente político. Remitiendo a las lecturas del célebre pasaje de la *Política*, la autora propone que buena parte de las interpretaciones sobre los orígenes de la *pólis* ha girado en torno al sinecismo físico de asentamientos aldeanos. En este sentido, si bien admite la po-

¹ Para el análisis de este pasaje y para lo que sigue, GALLEGO (2005).

sibilidad de una explicación del texto aristotélico en clave de una unificación más política que física, concluye que el argumento del filósofo sobre la formación de la *pólis* se debe a proyecciones anacrónicas a partir de su conocimiento de *póleis* creadas en los siglos V y IV por medio de un sinecismo físico.

Pero el sinecismo de las aldeas en la *pólis* no supone la desaparición de aquellas. Si bien es cierto que en Aristóteles la vida *katà kómas* aparece como un estadio más primitivo que la vida en *pólis*, de esto no se deduce que el sinecismo aludido por Aristóteles fuera necesariamente físico. Los argumentos de Hansen (1995: 56-58) a favor de un sinecismo que debe ser político y físico a la vez, dado que el sinecismo puramente político sería una total ficción, y su consecuente interpretación de las dificultades del modelo de Aristóteles en el terreno histórico, debido a lo difícil que resulta encontrar ejemplos de emergencia de *póleis* mediante un sinecismo físico de varias *kômai* vecinas, no resultan para mí convincentes. Demand sugiere que en algunos mitos podemos hallar elementos para entender lo que los griegos pensaban de sí mismos. En esos relatos, las *póleis* creadas mediante sinecismo físico resultarían de casos de invasión de nuevos pueblos, pero serían situaciones inusuales y no una etapa normal en la formación de la *pólis*. Si Aristóteles es tributario de esas proyecciones hacia atrás de eventos más tardíos, entonces debería compartir la idea de lo excepcional que sería el sinecismo físico, lo cual entrañaría que más que la presunción de una unificación física lo que estaría presente en su formulación abstracta sería la noción general de una congregación política de las aldeas.

En esta dirección podríamos retomar aquí la interpretación de Morris (1994) del citado pasaje de Aristóteles, que ha señalado cierta compatibilidad entre los argumentos del filósofo y algunos de los rasgos que muestran las comunidades de los poemas homéricos. Según el autor, en el siglo VIII el despegue del estado se realizó en muchos lugares de Grecia a partir de la generalización de los principios del simple encuentro aldeano, lo cual explicaría por qué la *pólis* se parecía a una corporación campesina, por qué fue persistentemente un sistema social más igualitario que otros del Mediterráneo oriental y por qué de Homero a Aristóteles se la consideró como una estructura más segmentaria que jerárquica. Donlan (1997: 40) parece coincidir con este razonamiento al proponer que “el estado-*pólis* emergió a partir de comunidades establecidas de granjeros libres, con una antigua tradición de derechos ciudadanos dentro del *dêmos*”, lo cual supone el funcionamiento de corpora-

ciones campesinas en las que esas antiguas prerrogativas se manifestarían concretamente a través de las asambleas aldeanas.

Según esta perspectiva, el modelo segmentario aristotélico acerca del surgimiento del estado griego tendría elementos importantes que aportarnos respecto del análisis de este proceso histórico. En el razonamiento del filósofo, la *pólis* consumada surge de la congregación (*koinonía*) de varias aldeas (*kômai* o *apoikíai*), que se caracterizarían por formas de poder (*basileía*) y vínculos de parentesco (*syggéneia*) similares. Según esto, el sinecismo resultaría de la unión de entidades con una racionalidad semejante. Pero así como el salto del *oîkos* a la aldea implicaba el paso de las necesidades cotidianas a las no cotidianas, así también el tránsito de la aldea a la *pólis* terminará incluyendo un término nuevo: la vida buena (*toû eû zên*), que se abrirá finalmente al espacio del ser político (*zôon politikón*). Es en este proceso que se abre una dimensión nueva en la medida que se asocia con la instauración de la *pólis*, produciéndose un desplazamiento del parentesco, definido al nivel de la casa y la aldea, a lo político como lo propio de la *pólis*, cuya organización, de todos modos, remitiría en última instancia a una matriz segmentaria de base aldeana.

Sobre esta base aldeana empiezan, pues, a aparecer entidades más abarcativas, sinecismo mediante la cual las aldeas preexistentes comienzan a unirse políticamente, tal vez no físicamente, en torno a un centro común, delineándose así un tipo nuevo de organización socio-espacial. Esto da lugar a notables diferencias de tamaño entre las ciudades, debido a las cambiantes condiciones históricas, sociales, geográficas, religiosas, bajo las que se forja en cada caso la unión². El ejemplo de Argos muestra lo que podría denominarse un caso típico de sinecismo. Los grupos aristocráticos se desplazan hacia el centro urbano. Paralelamente, Tirinte y Micenas son absorbidos, Asine es destruida durante el sometimiento de la llanura argiva y en la Argólide se da una colonización cuyos pobladores provendrían de la propia llanura argiva. Ahora bien, según cabe concluir de los análisis de las fratrias y las *kômai* argivas³, una vez que Argos se organiza política y territorialmente en forma unificada, las aldeas siguen siendo el ámbito de residencia de la población rural. El sinecismo de la Atenas arcaica se basa enteramente en la presencia de comunidades aldeanas que se expanden o se generan a raíz del aumento poblacional⁴. Los habitantes del

² Cf. BURFORD (1993), 18-19.

³ PIÉRART (1983b); CHARNEUX (1984).

⁴ Para lo que sigue, ver VALDÉS & PLÁCIDO (1998); PLÁCIDO (2001); VALDÉS (2001).

Ática se aseguraron el control de los territorios mediante la instalación de comunas agrarias⁵, lo cual implicó una especie de colonización interna en la que los miembros de tales comunas hallaron un modo autónomo y seguro de acceso a la tierra⁶. Este hecho se perpetuó después del sinecismo, debido a lo cual, como indica Tucídides (II, 14-16), la mayoría estaba habituada a vivir en el campo (*en toîs agroîs*) y no en la ciudad. Tucídides también habla del sinecismo ateniense asociándolo con una acción deliberada de Teseo⁷. Siguiendo la lógica de su relato, resultaría que el Ática como base territorial del estado ateniense sería el producto no sólo de una colonización interna sino también de un sinecismo típico que unificaría a las aldeas, e incluso a organizaciones que propendían ya hacia formas políticas, religiosas y espaciales propias de una *pólis*. Otros casos como los de Mégara y Esparta revelan también que, habida cuenta de sus diferencias concretas, la unificación política y territorial terminó por engendrar entidades más abarcadoras del tipo de la *pólis* en regiones donde previamente evolucionaban comunas de base aldeana⁸. Algunas *póleis* sólo se unificaron en la época clásica, como Élide, Herea, Mantinea y Tegea, así como Egio y Dime, y Argos sólo pudo incorporar a la por entonces aldea de Micenas tras las guerras médicas⁹. Todo esto supone la persistencia de entidades aldeanas basadas en sus propios derechos, aunque condicionadas por la presencia de estados poderosos alrededor suyo. Esto confirma que la organización del espacio agrario se basaba en la existencia de territorios ligados a las aldeas, posteriormente agrupadas con el sinecismo. Indudablemente, existen muchos ejemplos, como los que indica Estrabón (VIII, 3, 2), en los que el sinecismo se produjo en una época más tardía. Pero como propone Osborne (1987: 55), si bien el geógrafo está pensando en términos de movimientos poblacionales desde las aldeas a un centro único, sin embargo, el propósito de sus consideraciones no es describir los cambios en la naturaleza de los asentamientos en el campo sino explicar la formación de unidades políticas.

Las aldeas podían ocupar un lugar central o periférico, según la evolución de cada *pólis*. En Atenas todos los miembros de las aldeas se convirtieron en ciudadanos, mientras que en Esparta alcanzaron el estatuto de periecos. En Argos, como

⁵ Cf. SNODGRASS (1986), 33-37; OSBORNE (1985), 15-46, 190-95; WHITEHEAD (1986), 3-38.

⁶ OSBORNE (1985), 47-63; WHITEHEAD (1986), 75-77, 152-58.

⁷ Cf. PLUTARCO, *Teseo*, XXIV-XXV; ESTRABÓN, IX, 1, 21.

⁸ MOGGI (1976), 16-34. Para los casos de Atenas, Argos, Esparta y Mégara, DOMÍNGUEZ MONEDERO (1999), 53-64.

⁹ MOGGI (1976), 140-66. Para Mantinea, HODKINSON & HODKINSON (1981), 261-65, 286-91. Para Élide, ROY (2002). NIELSEN (2002), 12-22, 137-38, 171-75, analiza los cuatro primeros casos.

vimos, la unificación impuesta por la aristocracia no eliminó sino que transformó al conjunto de las *kômai* integradas en partes de la organización del estado argivo. Lo central de estos datos radica en la importancia asignada a las comunas rurales, porque tanto en un caso como en otro –como *démoi*, *póleis* dependientes o *kômai*– su función era fundamental para controlar el espacio. Si bien estos casos resultan en ciertos aspectos inusuales en relación con el conjunto de la Grecia antigua, no por ello dejan de constituir ejemplos igualmente significativos sobre la presencia de la aldea en tanto forma de organización agraria. Estas situaciones nos muestran el lugar y la significación de la aldea para la constitución y fijación de los límites territoriales de la *pólis*. A su vez, ésta se nos aparece como una totalidad cuyas partes son las aldeas y las unidades domésticas. Por otra parte, es necesario tener presente la advertencia de Finley acerca de que, en realidad, muchas ciudades griegas no eran más que aldeas¹⁰. Pero esta configuración nos indicaría que estas pequeñas *póleis* también mantendrían vigente dentro de sí la base aldeana, puesto que la *kóme* no siempre es una parte de una *pólis* o una entidad que no es una *pólis* sino que puede tratarse perfectamente de una *pólis* pequeña o dependiente¹¹. Lo cual explica a su vez el papel central de la aldea en la consolidación del territorio, así como la relevancia y las prerrogativas adquiridas por los agricultores griegos. En efecto, el ascenso de una clase de granjeros libres basados en una agricultura intensiva, a partir de las luchas y los cambios sociales y políticos que acotaron el poder aristocrático¹², resulta algo inseparable de la conformación de la *pólis* con las características apuntadas.

Queda claro, pues, que la agregación de las aldeas rurales en torno a un centro común y la constitución material de un espacio unificado es lo que terminará conformando la base rural de la *pólis* de la época clásica. De lo cual se extrae que los campesinos no se hallaban dispersos y aislados entre sí, sino agrupados en comunas aldeanas integradas a la vida de la ciudad. Como vimos, esto no significa considerar que, necesariamente, vivieran nucleados, sino que el centro aldeano operaba como referente político, institucional o ideológico para todos los aldeanos que formarían parte de una aldea determinada. No obstante las lógicas diferencias en las formas de estructuración e integración del espacio, de hecho, de un modo u otro, el

¹⁰ FINLEY (1974), 35. Ver PAUSANIAS, X, 4, 1; ESTRABÓN, III, 4, 13. Cf. LÉVY (1986), 118-21.

¹¹ HANSEN (1995), 74.

¹² HANSON (1995), 23-178; cf. STARR (1977), 156-61.

proceso le otorgó a la *pólis* una morfología determinada. Los cultos religiosos tuvieron una incidencia esencial en el agrupamiento, la unificación y la configuración definitiva del territorio rural como espacio político, así como también la tuvo la guerra, o al menos su posibilidad¹³. El resultado fue una organización compuesta por una serie de aldeas rurales que no se diluían sino que seguían subsistiendo dentro de la nueva entidad establecida. Por consiguiente, aunque sea cierto que el desarrollo de la *pólis* a partir del sinecismo supuso la articulación en torno a un centro común, esto no debe hacernos perder de vista que el elemento básico de la vida social agraria seguía siendo la comunidad de aldea. En esta orientación, y según el nivel de análisis que aquí proponemos, el estatuto político adquirido por la aldea rural dentro de la ciudad-estado no resulta un factor excluyente para su definición como núcleo de la vida sociocultural del campesinado. Es cierto que la transformación de las aldeas en demos con un gobierno local y un papel político activo –tal el caso ateniense– o sin adquirir un rol institucional similar –como sucedió en Eretria y Mileto¹⁴– determinaba configuraciones precisas y desarrollos históricos circunscritos que es necesario tomar en cuenta. También se deben considerar las diferencias existentes entre las comunidades cuyos campesinos participaban como ciudadanos plenos –se hallaran o no sus aldeas integradas a la vida institucional de la *pólis*– y aquellos poblados que, como en Élida o en Esparta¹⁵, se definían como periecos, los que si bien podían tener sus márgenes de autonomía y un gobierno local, de todas maneras, no formaban parte del andamiaje político: sus miembros carecían de la ciudadanía plena y, consecuentemente, no participaban del gobierno de la *pólis*. No obstante esto, en todos los casos encontramos formas de organización social que responden a la especificidad propia delimitada por la presencia de la comunidad aldeana que, como conjunto conformado por la articulación de unas prácticas sociales y ciertos modos de apropiación del suelo, forjaba modalidades concretas de estructuración del espacio rural. Lo anterior pone en claro que la aldea se hallaba en la base de los procesos sociales de la ciudad-estado, puesto que la ciudad no puede divorciarse de su campo. Esta extendida presencia de la aldea en la *pólis* implicaba una base campe-

¹³ DE POLIGNAC (1984); (1995).

¹⁴ Sobre Eretria, KNOEPFLER (1997). Sobre Mileto, PIÉRART (1983a); (1985). En general, sobre las diferencias entre Atenas y otras ciudades en cuanto a las aldeas y el centro político, OSBORNE (1987), 128-32.

¹⁵ Cf. GALLEGO (en prensa), con bibliografía.

sina de la sociedad¹⁶. Así pues, muchos de los rasgos agrarios típicos eran compartidos por la mayoría de las ciudades griegas, en las que las comunidades aldeanas ocupaban un papel central en la organización social del territorio agrícola así como en la formación de un imaginario basado en costumbres, valores, pautas y conductas que eran comunes al campesinado. La *pólis*, por lo tanto, se conformó morfológica y socialmente con arreglo a la comunidad de aldea, puesto que ésta aportó a la ciudad-estado su infraestructura espacial y demográfica, es decir, tanto una unidad local con su consiguiente ordenación del territorio como el grupo humano que la habitaba con sus formas específicas de vinculación social. Ciertamente, la conformación de la *pólis* traería aparejada consigo transformaciones (unificando comunas, induciendo migraciones, etc.). Pero, de una manera u otra, las condiciones aldeanas seguirían operando bajo las nuevas circunstancias establecidas.

Del encuentro aldeano a la política asamblearia

La formación de la ciudad-estado con sus fundamentos materiales, espaciales y económicos, con sus esquemas imaginarios y religiosos, con sus sistemas militares, políticos y sociales, es un proceso que indudablemente se da en el transcurso de la era arcaica, aunque como tal el proceso no finaliza ni mucho menos a comienzos del siglo V. Se trata de un movimiento constante, dinámica que a veces resulta difícil de apreciar debido al carácter de la documentación que poseemos, pero que cuando se exhibe, deja ver que el cambio está siempre produciéndose. Sea como fuere, lo que importa destacar es que con el sinecismo emerge la *pólis* como modo peculiar de organización social del mundo griegos. Pero esto no se dio linealmente: a un primer sinecismo producto de una apropiación aristocrática le seguirá luego una unión segmentaria de las aldeas mediante el control colectivo (político) del territorio¹⁷.

El proceso de formación de la *pólis* significó no sólo una unificación territorial de las comunidades aldeanas y una organización política igualitaria derivada de la matriz segmentaria de la aldea, sino también la conformación de la estructura militar típica de la ciudad-estado definida por la falange hoplítica. Estos tres aspectos comportan otras tantas facetas de una situación única que queda expresada en la figura

¹⁶ OSBORNE, (1987), 13 y 193, respectivamente.

¹⁷ PLÁCIDO (en prensa).

del campesino en tanto que ciudadano y soldado, que detenta derechos de propiedad sobre un lote de tierra de la *pólis*, ocupa un lugar en las asambleas resolutorias y combate codo a codo con sus pares enrolado en la infantería. La prerrogativa principal del ciudadano que pone de relieve esta configuración es la defensa del territorio, que no es otra cosa que asegurar las condiciones de reproducción de la ciudad-estado. De esta forma, cada ciudadano es a la vez un soldado que debe defender su territorio si quiere que la comunidad se perpetúe, dado que, en teoría, ello implica conservarse y reproducirse como propietario. Se percibe así que la guerra resulta ser un factor vital para la apropiación del territorio y el desarrollo de las condiciones económicas de la *pólis*¹⁸.

La aparición del ejército hoplítico se ha analizado como una reforma o revolución producida a mediados del siglo VII que provocó no sólo cambios de tipo militar sino también mutaciones políticas y mentales¹⁹. Paralelamente, a partir de diversos argumentos, se ha llegado a una conclusión que desafía la consistencia de la explicación esgrimida por los adeptos de la primera postura: no hubo reforma hoplítica sino un desarrollo gradual de la falange, junto con lo cual se producirían adaptaciones y cambios en el equipamiento de modo de hacer más efectiva la forma de combatir que se estaba desarrollando²⁰. En este contexto, lo más importante para nuestros propósitos aquí es la reconsideración de los poemas homéricos en función de la información que ofrecen sobre las formas hoplíticas de hacer la guerra. Si en la *Ilíada* se pueden ver ya ejércitos que pelean en masa²¹ es porque, al menos desde el siglo VIII, la relación entre la aristocracia y el resto de la población, en especial los labradores de rango hoplítico, estaría estableciéndose sobre unos fundamentos sociopolíticos que permitirían una equiparación. Es cierto que esto no inhibiría el predominio de la elite nobiliaria, pero sí haría posible que los agricultores hoplitas se constituyeran en el grupo primordial entre los ciudadanos de las *póleis* en formación. Como propone Raaflaub (1997: 55)²²:

¹⁸ GARLAN (1975), 86-93; SANTOSUOSSO (1997), 7-23.

¹⁹ Distintos aspectos de la reforma o revolución hoplítica son destacados por SNODGRASS (1965); (1993). Recientes defensas de su interpretación se hallan en BRYANT (1990); CARTLEDGE (2001), 153-66.

²⁰ Para los aspectos implicados en esta visión (el cambio tecnológico en el armamento sigue al táctico en la forma de hacer la guerra; la guerra hoplítica determinada por su base agraria; la presencia de masas de combatientes en los poemas homéricos): DETIENNE (1968); SALMON (1977); HANSON (1991); VAN WEES (1994); RAAFLAUB (1997).

²¹ HOMERO, *Ilíada*, II, 361-66; IV, 446-56; XI, 670-761; XVI, 210-20; 772-75; XVIII, 509-40.

²² Para un desarrollo más amplio de este proceso, HANSON (1995); también STARR (1977), 32-33, 126-27, 178-80.

A medida que la *pólis* se desarrolló, los hombres que poseían la tierra pelearon en el ejército para defender el territorio de la *pólis* y se sentaron en la asamblea para participar de sus decisiones. Estos hombres estuvieron políticamente integrados desde el principio, según el límite posible y normal para el momento. A la vez, la anterior elite de los jefes de aldea evolucionó hacia una aristocracia estratificada. Pero, bajo las condiciones de la Grecia de la Edad Oscura, estos líderes tenían posiciones precarias y no permanecían por mucho tiempo al mando de sus hombres. En la *pólis* en desarrollo, aquélla también careció de oportunidades para constituirse en una clase distante, rígidamente separada.

Por ende, la dinámica aldeana relativamente igualitaria aparecería impregnando también las formas de organización militar. Si bien es verdad que junto con la unificación del espacio rural sobre la base aldeana previa se da una confluencia aristocrática que busca, y en alguna medida logra, controlar en favor suyo la situación, de todos modos, esto no dio lugar a una completa subordinación del campesinado en los términos tradicionalmente conocidos en muchas sociedades agrarias, sino que por distintas razones la aristocracia y los labradores de rango hoplítico se integraron (en un proceso altamente conflictivo, como ya hemos dicho) en un espacio igualitario que fue implantándose en las instituciones de buena parte de las *póleis*. Y así como en el plano político no existían en las ciudades-estado cuerpos de expertos separados de los ciudadanos que concentraran en sus manos la tarea de tomar las decisiones que la *pólis* necesitaba, sino que eran los propios ciudadanos, por lo general cualificados a partir de la posesión de tierras, los que tenían la facultad de decidir, así también en el plano militar no había una clase guerrera especializada sino que eran los ciudadanos mismos, los agricultores independientes que conformaban el grupo más numeroso e importante de la mayoría de las *póleis* griegas, los que combatían para defender sus tierras. Su absoluta identificación con sus posesiones agrarias, que les permitían obtener la subsistencia así como detentar el rango ciudadano, prescribía su lugar en la batalla hoplítica²³.

²³ MITCHELL (1996), 95-96; véase también OSBORNE (1987), 138-49.

Por otra parte, si bien los procesos de unificación territorial anteriores al siglo VI implican una centralización política de comunidades aldeanas previamente autónomas, dicha unificación no constituye necesariamente lo que se ha definido como un estado-ciudadano²⁴. Es como consecuencia de las luchas que tienen lugar a raíz del monopolio aristocrático de las esferas políticas de la nueva organización social establecida, y de la consiguiente exclusión del campesinado, que el derecho de ciudadanía y el cuerpo cívico se desenvuelven, permitiendo la inclusión de nobles y labradores en una instancia común que deja de lado la polarización arcaica. En efecto, si la aparición de la *pólis* puede interpretarse como la generalización del encuentro aldeano –lo cual explica su carácter relativamente igualitario y segmentario–, dicha generalización no se da por la simple sumatoria de aldeas y la adopción de sus dispositivos políticos a escala más amplia. El modo por el cual las instituciones igualitarias se establecen como pauta de gobierno de las comunidades griegas implica una revolución²⁵: la emergencia de la práctica política como actividad nueva encarnada en la idea de ciudadanía que organiza el conjunto social en torno a la intervención colectiva en las decisiones. El modelo de la organización aldeana es de algún modo retomado en este otro plano, pero tras una serie de conflictos y mutaciones que posibilitan la instauración de la igualdad a la escala más amplia de un gobierno territorial e incluyendo a la aristocracia y al campesinado dentro del estado recientemente formado.

El sinecismo de las aldeas dispersas en unidades mayores nucleadas en torno a un centro político común, que delinea la estructuración socio-espacial de la ciudad-estado, no se agota pues en la sola conversión del encuentro aldeano en práctica política de la *pólis*. Se trata de una innovación marcada por las luchas que aparecen implícitas en las críticas del campesino Hesíodo hacia la ciudad de los aristócratas²⁶. Por otra parte, es evidente que esta configuración ya está operando en el imaginario social al momento de la fundación *ex novo* de *apoikíai*, pues de otro modo no podría comprenderse cómo y por qué el armazón de la *pólis* fue adoptado por los colonos griegos al establecerse en nuevas tierras²⁷. A lo largo del mundo griego se desarrolla un proceso que, más allá de los diferentes ritmos temporales que adquiera en cada sitio específico, conduce al surgimiento, conformación y organización de la

²⁴ RUNCIMAN (1990), 348.

²⁵ En el sentido en que FINLEY (1990) precisa la idea para el mundo antiguo.

²⁶ Sobre los inicios de la *pólis* según Hesíodo, cf. GALLEGO (2005).

²⁷ DOMÍNGUEZ MONEDERO (1993), 98-101.

pólis, que se convertirá en la forma principal de colectividad y asentamiento de los griegos en el ámbito mediterráneo.

La comunidad centrada en la participación ciudadana no es la mera agregación de aldeas en una unidad mayor, sino que es el producto de la presentación de un elemento nuevo con respecto a la situación anterior. Y ese elemento excedentario es la política. La historia de la Grecia arcaica nos muestra, justamente, las luchas sociales que durante su transcurso encontrarán una vía de solución en las reformas que establecen la participación en la política como un plano de igualdad entre los miembros de la *pólis*. Junto al mencionado caso de Hesíodo también podemos recordar en este contexto, como otro ejemplo de la exclusión de los desposeídos en la comunidad arcaica, la situación del Ática previa a Solón, donde este problema se manifestaba por medio de la dependencia por deudas de los pobres y su venta como esclavos en el exterior. Pero no fue ésta la única situación conocida en el mundo griego en que una parte de la población interna estaba bajo la dependencia de los nobles, para posteriormente lograr liberarse e incorporarse con plenos derechos a la comunidad ciudadana. El papel activo en este proceso lo desempeñaron los campesinos, no sólo debido a su lucha contra formas de dependencia y sujeción económica sino también a partir del rol militar como hoplitas, situación en la que se transformaron en sujetos de su propia suerte en colaboración con otros que en la organización de la falange no presentaban diferencias visibles.

La aparición de la comunidad política implicó, pues, una invención, la emergencia de una fuerza social capaz de producir una alteridad radical respecto de las condiciones que imperaban en las comunidades de la Grecia oscura. El surgimiento de la política es, en efecto, lo que permite configurar otra situación centrada desde entonces en la soberanía y la participación directa, asamblearia, del cuerpo ciudadano²⁸, puesto que los integrantes de la comunidad ya no se definen según la propiedad, la riqueza, la jerarquía y las relaciones de dependencia, sino a partir de su pertenencia al cuerpo cívico, es decir, por el hecho de detentar el derecho de ciudadanía y las prerrogativas políticas que los convierten en ciudadanos con posibilidades reales de ejercer el gobierno de la ciudad. Esta irrupción de la política es en sí misma la emergencia de determinadas fuerzas sociales –el *dêmos*, la plebe rural, el

²⁸ FINLEY (1983); (1986); véase también MEIER (1985), 9-53. Cf. DARBO-PESCHANSKI (1996).

campesinado—, que afirmarán su presencia efectiva dentro del cuerpo colectivo de los ciudadanos²⁹.

La comunidad aldeana aparece, así, como punto de partida de las configuraciones adoptadas por las organizaciones sociales griegas en el desarrollo conducente al nacimiento del estado. La *pólis* que emerge con estas transformaciones seguirá recorriendo un largo trecho signado por luchas internas, guerras por las fronteras y la defensa del territorio, búsqueda de nuevas tierras, reformas institucionales y políticas. El cuadro que finalmente podemos hacernos en plena época clásica —un cuadro no carente de matices— se funda firmemente en torno a la igualdad como principio ordenador de la ciudad-estado. Esta igualdad remite a la base agraria de la sociedad aldeana reconfigurada a partir de su integración en el marco político más amplio de la *pólis*. De esta forma, mientras que la pujante presencia del campesino granjero en el corazón del ordenamiento político y militar griego nos recuerda sobre qué pilares se instituye la *pólis* social y económicamente hablando, al mismo tiempo, este rol no debe desligarse de la persistencia de la aldea en el estado que surge después del sinecismo. Y esto explica asimismo la vigencia de un imaginario igualitario de cuño agrario que el ideal del campesino-ciudadano-soldado viene a sintetizar de manera notable.

En efecto, el carácter igualitario que usualmente adquirieron las relaciones entre los ciudadanos en la Grecia antigua no dependió solamente de la peculiar articulación entre instituciones políticas y estructuras económicas, sino también de la construcción ideológica de la ciudadanía. Partiendo de una raigambre primordialmente rural, muchas representaciones simbólicas de los lazos políticos llegaron a formular una imagen aldeana de la *pólis*, una identidad igualitaria de base agraria y una comunidad de intereses en la que el ideal del campesino-ciudadano antes mencionado sería justamente el que serviría de sustento para la participación de los labradores. Este sentido de pertenencia no sería en verdad algo dado sino un espacio que se construiría conflictivamente creando una serie de normativas tendientes a conservar la situación patrimonial, política y legal de las granjas familiares como sostén de buena parte de los ciudadanos.

Todo lo anterior se organizaría como una ideología comunitaria unificadora derivada en última instancia de la singular situación a partir de la cual aparece la *pólis*

²⁹ Respecto de esta cuestión, véase MEIER (1988), 53-148.

en tanto que estado de tipo segmentario en el que, como vimos, la sociedad aldeana no desaparece ni se subordina, sino que se transforma en cierto sentido en un referente de la lógica del conjunto, asociando la posesión de la tierra con la participación política y militar y haciendo de estas condiciones los requisitos necesarios para la pertenencia a la *pólis* como comunidad conformada por la congregación de aldeas y hogares rurales.

BIBLIOGRAFÍA

BRYANT, J.M. (1990), "Military technology and socio-cultural change in the ancient Greek city", *Sociological Review*, 38, 484-516.

BURFORD, A. (1993), *Land and labor in the Greek world*, Baltimore.

CARTLEDGE, P. (2001), *Spartan reflections*, Londres.

CHARNEUX, P. (1984), "Phratries et kômai d'Argos", *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 108, 207-27.

DARBO-PESCHANSKI, C. (1996), "Condition humaine, condition politique. Fondements de la politique dans la Grèce archaïque et classique", *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, 51, 711-32.

DE POLIGNAC, F. (1984), *La naissance de la cité grecque. Cultes, espace et société VIII^e-VII^e siècles avant J.-C.*, París.

DE POLIGNAC, F. (1995), "Mediation, competition, and sovereignty: the evolution of rural sanctuaries in geometric Greece", en S.E. ALCOCK & R. OSBORNE (eds.), *Placing the Gods. Sanctuaries and sacred space in ancient Greece*, Oxford, 3-18.

DEMAND, N. (1990), *Urban relocation in archaic and classical Greece. Flight and consolidation*, Bedminster.

DETIENNE, M. (1968), "La phalange: problèmes et controverses", en J.-P. VERNANT (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 119-42.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1993), *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1999), "Grecia arcaica", en *idem et al.*, *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 1. Grecia*, Madrid, 13-285.

DONLAN, W. (1997), "The relations of power in the pre-state and early state polities", en MITCHELL & RHODES (eds. 1997), 39-48.

FINLEY, M.I. (1974), *La economía de la antigüedad*, México.

- FINLEY, M.I. (1983), *La Grecia primitiva: Edad del Bronce y Era Arcaica*, Barcelona.
- FINLEY, M.I. (1986), *El nacimiento de la política*, Barcelona.
- FINLEY, M.I. (1990), "La revolución en la antigüedad", en R. PORTER & M. TEICH (eds.), *La revolución en la historia*, Barcelona, 71-87.
- GALLEGO, J. (2005), "La imagen aldeana de la *pólis*: construcción de una identidad igualitaria de base agraria", en D. PLÁCIDO *et al.* (eds.), *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, Madrid, 67-86.
- GALLEGO, J. (en prensa), "The Lakedaimonian *perioikoi*: military subordination and cultural dependence", en P. DOUKELLIS & V. ANASTASIADIS (eds.), *Différentiation culturelle, inégalité sociale dans le monde antique. Actes du 28^o Colloque International du GIREA*, Mitilene.
- GARLAN, Y. (1975), *War in the ancient world. A social history*, Londres.
- HANSEN, M.H. (1995), "Kome. A study in how the Greeks designated and classified settlements which were not *poleis*", en M.H. HANSEN & K. RAAFLAUB (eds.), *Studies in the ancient Greek polis*, Stuttgart, 45-81.
- HANSON, V.D. (1991), "Hoplite technology in phalanx battle", en *idem* (ed.), *Hoplites. The classical Greek battle experience*, Londres, 63-84.
- HANSON, V.D. (1995), *The other Greeks. The family farm and the agrarian roots of western civilization*, Nueva York (2^a ed. 1999).
- HODKINSON, S. & HODKINSON, H. (1981), "Mantineia and the Mantinike: settlement and society in a Greek *polis*", *Annual of the British School at Athens*, 76, 239-96.
- KNOEPFLER, D. (1997), "Le territoire d'Eretrie et l'organisation politique de la cité (*dêmoi, chôroi, phylai*)", en M.H. HANSEN (ed.), *The polis as an urban centre and as a political community*, Copenhague, 352-449.
- LÉVY, E. (1986), "Apparition en Grèce de l'idée de village", *Ktèma* 11, 117-36.
- MEIER, C. (1985), *Introducción a la antropología política de la Antigüedad clásica*, México.
- MEIER, C. (1988), *La nascita della categoria del politico in Grecia*, Bolonia.
- MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds. 1997), *The development of the polis in archaic Greece*, Londres.
- MITCHELL, S. (1996), "Hoplite battle in ancient Greece", en A.B. LLOYD (ed.), *Battle in Antiquity*, Londres, 87-106.
- MOGGI, M. (1976), *I sinecismi interstatali greci: dalla origine al 338 a.C.*, Pisa.

- MORRIS, I. (1994), "Village society and the rise of the Greek state", en P.N. DOUKELLIS & L.G. MENDONI (eds.), *Structures rurales et sociétés antiques*, París, 49-53.
- NIELSEN, T.H. (2002), *Arkadia and its poleis in the archaic and classical periods*, Gottinga.
- OSBORNE, R. (1985), *Demos: the discovery of classical Attika*, Cambridge.
- OSBORNE, R. (1987), *Classical landscape with figures. The ancient Greek city and its countryside*, Londres.
- OSBORNE, R. (1998), *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.*, Barcelona.
- PIÉRART, M. (1983a), "Athènes et Milet, I", *Museum Helveticum*, 40, 1-18.
- PIÉRART, M. (1983b), "Phratries et komai d'Argos", *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 107, 269-75
- PIÉRART, M. (1985), "Athènes et Milet, II", *Museum Helveticum*, 42, 276-99.
- PLÁCIDO, D. (2001), "El territorio del Ática, entre unidad y dispersión", en P. LÓPEZ BARJA & S. REBOREDA MORILLO (eds.), *Fronteras e identidad en el mundo griego*, Santiago de Compostela-Vigo, 181-94.
- PLÁCIDO, D. (en prensa), "El territorio de la *pólis*. Explotación agrícola y organización política. La ocupación del espacio y la imagen del territorio", en J. GALLEGRO & P. MICELI (eds.), *Habitar, producir, pensar el espacio rural. De la Antigüedad al mundo moderno*, Buenos Aires.
- RAAFLAUB, K.A. (1997), "Soldiers, citizens, and the evolution of the early Greek *polis*", en MITCHELL & RHODES (eds. 1997), 49-59.
- ROY, J. (2002), "The synoikism of Elis", en T.H. NIELSEN (ed.), *Even more studies in the ancient Greek polis*, Stuttgart, 249-64.
- RUNCIMAN, W.G. (1990), "Doomed to extinction: the *polis* as an evolutionary dead end", en O. MURRAY & S. PRICE (eds.), *The Greek city: from Homer to Alexander*, Oxford, 347-67.
- SALMON, J. (1977), "Political hoplites?", *Journal of Hellenic Studies*, 97, 87-122.
- SANTOSUOSSO, A. (1997), *Soldiers, citizens, and the symbols of war. From classical Greece to republican Rome, 500-167 B.C.*, Boulder.
- SNODGRASS, A. (1965), "The hoplite reform and history", *Journal of Hellenic Studies*, 85, 110-22.
- SNODGRASS, A. (1986), *La Grèce archaïque. Le temps des apprentissages*, París.
- SNODGRASS, A. (1993), "The 'hoplite reform' revisited", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 19, 47-61.

- STARR, C. (1977), *The economic and social growth of early Greece, 800-500 B.C.*, Nueva York.
- VALDÉS, M. (2001), "El proceso de sinecismo del Ática: cultos, mitos y rituales en la «primera polis» de Atenas", *Gerión*, 19, 127-97.
- VALDÉS, M. & PLÁCIDO, D. (1998), "La frontera del territorio ateniense", *Studia Historiae. Hª Antigua*, 16, 85-100.
- VAN WEES, H. (1994), "The Homeric way of war: the *Iliad* and the hoplite phalanx", *Greece and Rome*, 41, 1-18, 131-55.
- WHITEHEAD, D. (1986), *The demes of Attica, 508/7-ca. 250 B.C. A political and social study*, Princeton, 1986.